

Precisamente el humano se distingue de otros antropoides en que éstos no son patológicamente violentos entre sí cuando viven en situación normal, aunque lo serán inevitablemente si los situamos en un entorno artificial en el que haya escasez de espacio o alimento. En cambio, hay humanos que son muy violentos en circunstancias normales y, por el contrario, los hay que pueden mantenerse pacíficos y cooperativos en las condiciones más duras.

Depende todo de la forma en que hayan sido fabricados a partir del nacimiento y de las incitaciones del medio. Puede decirse lo mismo de la codicia. Finalmente, aunque algunas psicopatologías puedan tener carácter innato, la mayoría de las que en el presente nos inquietan (pensemos, por ejemplo, en adolescentes que disparan sobre compañeros o en algo más general, la violencia fascista y la violencia machista) tienen que ver, sin duda, con el hecho de que la instalación de un Yo moral en la mente del sujeto depende de procesos sociales que pueden llegar a buen fin, pero no necesariamente, y sobre los que ejercemos controles erróneos.

¿Cómo puede explicarse por referencia a los genes que en España las muertes de mujeres a manos de sus parejas aumentaran entre 2002 y 2006 un 32,62%, que el maltrato aumentara un 143,67% y las agresiones a niños en el medio familiar un 108,67 %? Para explicar la violencia es claramente preferible un enfoque sociológico. Pues incluso si se encuentran correlaciones entre violencia y, por ejemplo, niveles de serotonina, queda por explicar la causa de tales niveles.

A la vista de estos ejemplos hay que concluir que, bajo la presión de intereses infundados a los que no se renuncia, el teórico pierde objetividad si ella le obliga a contradecirlos. Es por esto por lo que el pensamiento reaccionario trasciende con sus prejuicios el aspecto moral y llega al plano cognitivo.

6: ¿ES LA ECONOMÍA UNA CIENCIA?

1. Los procesos económicos que se dan en nuestras sociedades, sean los propios de un capitalismo liberal o de un capitalismo socialdemócrata, son el objeto de teorías que se presentan como científicas, las teorías económicas. ¿Qué decir de ellas?

En general se da por bueno que la economía es una ciencia autónoma y así tomada, que es como se inserta en las Universidades y en la vida política, ejerce una influencia notable sobre las acciones de los Gobiernos.

Sin embargo debería tenerse en cuenta que son muchas las formas que el subsistema económico puede adoptar, y que ellas dependen de la legislación sobre la propiedad, la producción, la distribución y el consumo. No hay, por tanto, un objeto autónomo que sea propio de una ciencia autónoma. La economía como disciplina es en realidad una aplicación de diferentes ciencias, no una ciencia por sí, porque no hay ningún objeto autónomo (el sistema económico) que se rija por sus propias leyes al margen de la legislación que lo configura y de la psicología de los sujetos que en ese subsistema intervienen.

Puesto que los economistas actúan al margen de este cuidado, es natural que sus teorías no alcancen una calidad científica.

En opinión de Bunge (1989:139) la economía ha avanzado mucho menos que la antropología y la sociología en su desarrollo científico y presenta algunos problemas epistemológicos importantes, tales como:

a) Utiliza hipótesis psicológicas totalmente desprestigiadas sobre la naturaleza y funcionamiento de la mente.

b) Estudia objetos inexistentes, tales como el mercado perfectamente competitivo en equilibrio general.

c) Su estancamiento teórico hace que los economistas sean incapaces de entender y de predecir.

d) Está muy influida por dogmas ideológicos.

Entre filósofos de la ciencia es opinión autorizada, desde hace décadas, que la economía no ha producido hasta ahora más que una o dos leyes *stricto sensu*. Hutchison (1977:21) afirmaba en la década de los 70 que «De hecho los economistas... no disponen de ninguna ley genuina, pertinente, no trivial». Una década más tarde Blaug (1980) sólo se atrevía a citar la ley de la demanda y otros autores (Goodwin 1983:75; Guerrien, 1986:6; Zamagni 1987:54) pensaban de forma semejante.

Comentando estas opiniones, Barceló (1993) indicaba en la década siguiente que leyes como la de la demanda son de bajo nivel, no cuantitativas y acordes con el sentido común, rasgos cuya conjunción no prestigia a ningún enunciado científico. "Lo que se presenta como «ciencia económica» es en realidad una mezcla de proposiciones científicas, recetas técnicas, instrumentos analíticos, idearios políticos y propaganda ideológica". Y añadía que, si la cantidad y la calidad de las leyes descubiertas constituyen un buen indicador del estado de salud de una disciplina científica, hay que reconocer que la economía se encuentra aún en un estadio protocientífico.

Estas ideas se pueden seguir manteniendo hoy. Aún más, si se conoce el campo de la ciencia social, hay que agravar el dictamen, pues se debe llegar más lejos y afirmar que la economía no sólo es una disciplina inmadura, sino que seguirá siéndolo mientras considere a su objeto como separable del sistema social.

Una correcta filosofía de la ciencia social viene a mostrarnos que, aunque el discurso del economista tiene apariencia científica (en seguida veremos por qué), su trabajo es una mera contabilidad de la economía capitalista. La economía académica está formada por datos, correlaciones estadísticas y recetas, y todo ello no se refiere a algo que se pudiera llamar economía en general, sino exclusivamente al funcionamiento del mercado capitalista, que sólo tiene vigencia bajo una determinada cobertura jurídica.¹⁴⁸

¹⁴⁸ Tenemos aquí dos usos de "ley", uno referido a las leyes explicativo-predictivas de la ciencia y otro referido a las disposiciones jurídicas. Para evitar confusiones usaré "ley" en el primer

a) Los datos se refieren, por ejemplo, a la balanza de pagos en el comercio exterior, a la deuda pública y privada, al déficit en el presupuesto, a la presión fiscal, al gasto privado, a la inflación, al porcentaje de paro, al producto interior bruto, a las ganancias de las empresas, a la ventaja competitiva en la relación entre nivel de formación, esfuerzo tecnológico y costes laborales, al endeudamiento de las familias en relación con la renta bruta disponible, al diferencial de precios y de productividad respecto a otras economías, etc.

Se trata de datos que carecen de independencia, que son generados en una realidad social creada por la interacción de una específica cobertura jurídica nacional y un vacío legislativo internacional. La cobertura jurídica establece los derechos de propiedad y sus condiciones de ejercicio, así como los derechos y deberes de patronos y obreros. El vacío jurídico permite a las grandes empresas actuar sin trabas en el espacio internacional. Muchos de esos datos serían otros en un marco jurídico que, por ejemplo, no otorgara a la voluntad privada el control del capital para moverlo libremente entre países o para emplearlo en operaciones meramente especulativas, o que nacionalizara la banca y las empresas que prestan servicios públicos, o que hiciera a los obreros partícipes de la gestión y de las ganancias, o que sustituyera las Bolsas por mecanismos racionales para la capitalización de las empresas, o que armonizara mundialmente las legislaciones laborales y fiscales.

b) A partir de los datos del economista, dada una forma de propiedad y una forma de libertad económica, hay regularidades triviales en el funcionamiento económico debidas a la obviedad de que los sujetos económicos desean el máximo beneficio. A base de rastrear los efectos que cambios en determinadas variables pueden producir en una economía compleja con fuertes conexiones internacionales, el economista va descubriendo correlaciones del siguiente tipo: el deterioro del sector exterior de un país (importar más de lo que se exporta) provoca movimientos en los mercados financieros, disminución de confianza en el tipo de cambio de su moneda y subida de los tipos de interés; las importaciones que realiza un país dependen, entre otras variables, de su renta; un déficit permanente de un porcentaje suficiente del PIB hace crecer la deuda, lo que origina tipos de interés más altos; una mayor deuda y tipos de interés más altos obligan a destinar más dinero a pagarlos y esos pagos influyen negativamente en las inversiones; si aumenta la demanda aumenta la inflación; si se reducen fuertemente los impuestos directos aumenta la demanda interna.

Ahora bien, estas correlaciones estadísticas del economista no llegan siquiera a leyes disposicionales útiles, pues las cláusulas *ceteris paribus* con que hay que completarlas son más significativas que la naturaleza de la correlación desnuda. Así por ejemplo, la reducción de los impuestos directos aumentará la demanda interna a

sentido y “ordenamiento jurídico”, “legislación” o “disposición legal” como sustituto de “ley” en el segundo sentido.

condición de que el nivel de endeudamiento de las familias no sea demasiado alto, la confianza en el futuro sea suficiente, los precios de las mercancías se mantengan estables, no haya una fuerte incitación al ahorro, etc. O el deterioro del sector exterior de un país provoca subida de los tipos de interés salvo que el déficit presupuestario previo se haya cambiado en superávit. O a mayor renta corresponderá un aumento en las importaciones salvo que el tipo de cambio de la moneda las haga disminuir, o que haya más propensión al ahorro que al consumo.

c) Finalmente, de correlaciones como las descritas se extraen recetas como éstas: el desequilibrio del sector exterior se corrige a través de las variables financieras (tipo de cambio y tipo de interés); o la reactivación de la economía puede hacerse favoreciendo el consumo privado y para ello hay que bajar los impuestos; o para combatir la inflación hay que subir el precio del dinero. Pero el economista tiene escaso control sobre los efectos de sus recetas. Por ejemplo, se dice que la necesidad de contener las salidas del capital y de estimular la demanda de moneda nacional requiere alzas en el tipo de interés, pero dichas alzas causan dificultades imprevistas a empresas y a entidades financieras vulnerables. Estas dificultades sugieren a algunos la necesidad de mantener unos tipos de interés bajos, suplementados por controles de capital, pero esta estrategia debilita la moneda y estimula la fuga de recursos que las restricciones difícilmente pueden contener. De la misma manera, se intenta forzar la expansión de la demanda interna a base de una fuerte reducción de los impuestos directos, pero el aumento de demanda aumenta la inflación. La misma contradicción se aprecia en políticas ortodoxas que intentan ante todo impedir la inflación pero que de esta forma aumentan el paro, o en políticas de reactivación de la economía mediante el consumo privado que desembocan en aumentos de la inflación y llevan consigo, si se hacen por la vía de reducción de impuestos, un empobrecimiento del Estado que lo incapacita para hacer frente a los gastos sociales imprescindibles. Al llegar a cierto punto el economista se ve incapaz de seguir líneas causales alternativas hasta sus últimos efectos relevantes, y por ello sus dictámenes sobre la situación económica y las expectativas son ejemplarmente evanescentes. En consecuencia, están fuertemente determinados por la ideología.

A la base de esta ineficacia está el hecho de que para predecir hechos económicos no basta suponer un egoísmo universal, son también fundamentales conceptos que se refieren a preferencias no egoístas, a confianza (en los mercados, en la situación futura), a nivel de asunción de riesgos, etc.

Incluso la ley de la demanda tendría que interpretarse como una explicación disposicional que, adecuadamente desarrollada, incluiría esos conceptos al describir los mecanismos psicológicos que determinan ciertas pautas de comportamiento (del vendedor, del comprador, del inversor).

Teniendo todo esto en cuenta, a lo más a que podría llegar el economista, si hablara con precisión, es a decir algo así: “En la medida en que mantengamos

la legislación que ahora tenemos, es de esperar que ocurra X si hacemos Y, y no interfiere H, J, ...o Z”.

Reiteremos que si cambiara el ordenamiento jurídico, perderían sentido las recetas económicas habituales y habría que proponer recetas nuevas. Por ejemplo, la reactivación de la economía mediante el consumo privado o mediante una bajada de los tipos de interés puede ocurrir en el sistema capitalista, pero no ocurriría en un sistema socialista. Lo mismo podemos decir de la inflación. Los ideólogos que apelan a leyes económicas y eluden hablar del marco jurídico se ahorran tener que opinar acerca de la conveniencia o inconveniencia de mantener unas legislaciones como las que regulan la propiedad y su uso en nuestro mundo capitalista. Se oculta así que muchas cosas parecen inevitables sólo porque asumimos sin réplica una forma de organización de la propiedad, la producción, el comercio, la distribución y el consumo que bien podría ser diferente.

La concesión a Eugene F. Fama, Lars Peter Hansen y Robert J. Shiller del premio Nobel de Economía en 2013 viene a confirmar el carácter ideológico, no científico, de la economía.

Se ha comentado que lo relevante no es que los tres premiados sean estadounidenses, varones y con una larga carrera académica (que es lo que suele ocurrir), sino que Eugene Fama y Robert Shiller, que han sido candidatos habituales al premio, lo compartan en la misma edición siendo así que defienden teorías contrarias sobre mercados financieros y precios. Esto es algo que no ha dejado de sorprender a los ingenuos.

El comité que concede el premio ha destacado que los premiados ayudan a comprender los factores que inciden en la formación de precios. Pero ¿cómo es posible que ayuden mediante teorías contrarias? Pues si una teoría ayuda, la otra, que es contraria, debería desayudar.

Fama, considerado uno de los máximos representantes de la escuela de Chicago, defiende cosas tan insensatas como que el precio de los activos financieros en cada momento recoge toda la información disponible, o que la decisión conjunta de los inversores facilita la asignación de capital a los usos más eficientes. Es decir, defiende la racionalidad de los mercados y por tanto su papel como inmejorables asignadores de recursos. Y por tamaña insensatez de carácter ideológico (fundamento de la ideología neoliberal) se le da el premio. Siempre debió estar claro que la ideología neoliberal es contraria a toda evidencia, pero la crisis que vivimos ha vuelto a probar empíricamente la falta de realismo de sus afirmaciones. Lo cual no parece importar al Banco Central Sueco. Basta que una estupidez aparezca traducida a ecuaciones matemáticas para que cobre un valor mágico que muchos toman por científico.

Por el contrario, Robert. J. Shiller, profesor en la Universidad de Yale, ha afirmado la obviedad de que la variabilidad en los precios de las acciones es tan extrema que hace imposible predecir su valor a corto plazo, y que los métodos de valoración de activos parten muchas veces de supuestos imposibles (como que la

aversión al riesgo y las expectativas no varían). Sus ideas más recientes, que resaltan la imperfección de los mercados (por la desigualdad en el acceso a la información y por los comportamientos irracionales de los inversores), han ganado muchos adeptos tras el descalabro financiero de 2008.

Aunque Shiller ha señalado que la actual crisis refleja los fallos del sistema financiero, ha añadido que llevará “décadas” solucionarlos. Y a esto conviene hacer dos comentarios. Uno es que mucho antes de la crisis presente ya estaban claros, para quien quisiera verlos, los fallos del sistema financiero. Otro es que esos fallos podrían solucionarse rápidamente con una legislación mundial adecuada. ¿Por qué esperar décadas? ¿Por constricciones inevitables de la realidad económica descubiertas por la ciencia, o más bien porque hay muchas cosas intocables en virtud de la oposición de los que tienen el poder? De eso, claro está, no habla Shiller. Habla de décadas como podía hablar de siglos, y no explica por qué no podemos solucionar los fallos del sistema financiero ya, una vez que los conocemos.

Están las cosas de tal manera que es una necesidad no tomar a broma lo que dicen los economistas cuando se presentan como si tuvieran un control científico sobre lo que dicen.

2. Que la economía actual no es una ciencia se percibe en dos indicadores: el carácter esencialmente ideológico de las afirmaciones del economista y el continuo fallo en las predicciones. De fallos clamorosos en las predicciones he hablado en el capítulo 11.

El carácter ideológico de las afirmaciones del economista se aprecia en la falta de neutralidad de sus datos, pero no ya por el tópico argumento de que los datos dependen siempre de una teoría (aquí no hay propiamente teoría), sino porque dependen de intereses que no se explicitan.

Por ejemplo, para calcular la inflación (uno de los conceptos fundamentales en la economía académica) se toman unas magnitudes hasta cierto punto discrecionales, los 471 artículos que integran el índice de precios al consumo. ¿Por qué cada uno de ellos y no otros? ¿Por qué se da a cada uno un valor relativo que puede ser alterado, y que de hecho se altera cuando se estima oportuno? Sin que esté clara la razón, las autoridades españolas han decidido que la telefonía y los servicios tengan más peso en el nuevo IPC a partir del 2001 y hay exclusiones e inclusiones que parecen gratuitas. Así, cuando se compra una vivienda, el precio no forma parte del cálculo del IPC porque se ha decidido que es una inversión. Esto es ya discutible, pero más aún que no se tome en cuenta el coste de alquilar el dinero para comprar la vivienda (los intereses hipotecarios).

Lizcano Álvarez se pregunta cómo cambiarían los postulados comunes de la ortodoxia económica si entrase a formar parte del IPC el coste del dinero para la compra de la vivienda o de otros bienes. En tal caso sería contraproducente la receta de subir el interés cuando hay inflación para enfriar la economía, pues el coste de la vida para el ciudadano medio (que es consumidor antes que inversor financiero)

aumentaría en lugar de descender, y por tanto aumentaría la inflación en lugar de descender. Las subidas de los precios del dinero benefician más bien a la economía financiera, pero aminoran las inversiones y la creación de puestos de trabajo, así como las expectativas de los ciudadanos emprendedores. Lizcano concluye que habría que someter a crítica algunos dogmas de fe asumidos ancestralmente por la pura ortodoxia económica reinante (en este caso el dogma de que para combatir la inflación hay que subir el precio del dinero).

Si las cosas son así, se sigue que las valoraciones que hace el economista como científico, y que el político utiliza como base de la toma de decisiones, carecen de fundamento teórico sólido. ¿Por qué debe evitarse a toda costa un aumento de inflación y no un alto porcentaje de paro? ¿Por qué es malo que una empresa sea de propiedad pública y no es malo que las diferencias entre pobres y ricos se hagan cada vez más grandes? ¿Qué sentido tiene decir que la economía va bien a pesar de que haya parados y pobres? ¿Por qué es bueno que los países del Tercer Mundo deban permitir la explotación de sus recursos por multinacionales que repatrian los beneficios?

Un ejemplo entre muchos: para la economía capitalista la inflación pudo ser un objetivo prioritario tras las dos crisis del petróleo, pero porque interesaba a quienes deciden, no porque así lo impusieran leyes científicas. En consecuencia el FMI aprobó un giro social tras la decisión de Clinton de condonar la deuda a 41 de los países más pobres, y ello quiere decir que repentinamente, sin que se sepa por qué, tal giro social se veía como asumible contra lo que afirmaban los economistas ortodoxos un poco antes.

Los economistas actuales más influyentes se presentan como si fueran autónomos de la política por estar afiliados a una ciencia autónoma. Puesto que esto último no es cierto, lo que ocurre es que el economista es un agente político más. Cuando en nuestros países el político se escuda en el economista es porque previamente ha decidido dar a los dictámenes del economista un papel decisivo, pese a que sabe que no tiene sentido que la felicidad de la gente se supedite a unas recetas macroeconómicas que no la tienen en cuenta. Una ordenación económica racional no puede independizarse de las utilidades o del bienestar de la población, y ese bienestar no puede medirse con el aparato conceptual del actual economista. Ahora bien, si los políticos han decidido que los dictámenes del economista sean determinantes, por ejemplo, haciendo a los Bancos Centrales independientes de los gobiernos, ello sugiere que de hecho la política está controlada por el poder económico, y que al servicio de éste operan los economistas y también los políticos. En definitiva, dentro de amplios límites, el papel básico de los economistas integrados es justificar con dictámenes crípticos las decisiones políticas que convienen a los que tienen poder suficiente.

3. Claro está, es preciso que nos preguntemos por qué, si todo esto es cierto, las elementales recetas del economista se presentan bajo la impresionante apariencia de

leyes científicas, por qué parece que la economía es una ciencia compleja y rigurosa. Y como respuesta podemos señalar dos razones, una técnica y otra jurídica.

La razón técnica es que los hechos económicos no son accesibles al lego. Por una parte vienen conformados por una complejísima legislación. Además se producen por agregación de los efectos de comportamientos individuales esparcidos por todo el territorio nacional e incluso mundial, y aunque estos comportamientos son sencillos uno a uno (alguien invierte en bolsa, compra, vende, ahorra, fabrica, cobra una pensión, transporta, etc.), la mera percepción del hecho económico que constituyen requiere aparatos burocráticos de larguísimos e innumerables tentáculos y un tratamiento matemático. La fabricación tecnológica de los hechos económicos requiere ciencia aplicada, pero esa ciencia no es económica, sino estadística.

Es significativo al respecto que el del Premio de Ciencias Económicas del Banco de Suecia en memoria de Alfred Nobel (premio al que se suele llamar Nobel de Economía) de 2003 se haya concedido a los estadísticos Robert Engle y Clive Granger por su contribución a la econometría. El objetivo de la econometría es especificar y estimar en términos matemático-estadísticos las relaciones entre las distintas variables que interesan al economista. Con su modelo estadístico Granger ha facilitado averiguar si en series con evoluciones tendenciales similares existe una relación de dependencia (en cuyo caso se dice que están cointegradas) y ha propuesto un concepto denominado “causalidad en el sentido de Granger” que sirve para determinar si una variable precede a otra. Por su parte Engle ha elaborado métodos de análisis de series temporales (evolución del PIB, de los precios, de la cotización de las acciones o de los tipos de interés) que permiten un mejor estudio de los riesgos en las economías y, sobre todo, en los mercados financieros, al manejar mejor dos características centrales de muchas series temporales: la volatilidad variable en el tiempo (incertidumbre variable) y la llamada “no-estacionalidad”.¹⁴⁹ Como es fácil apreciar, estos modelos apenas traspasan el espacio de la mera percepción, ni siquiera llegan al de formulación de leyes disposicionales de tipo causal. El concepto de causalidad en el sentido de Granger ¡se limita a determinar que una variable precede a otra!

Sin embargo la tecnología formal aplicada a la observación institucional produce un efecto ilusorio que confunde a muchos observadores ingenuos, haciéndoles creer que una mera observación es ciencia económica, algo en el fondo tan excesivo como considerar científico a un ciudadano capaz de comprobar que dedica al pago de créditos un 30% de su sueldo. La mera observación de una variable, incluso más,

¹⁴⁹ El problema que planteaba analizar los datos desde la perspectiva de una volatilidad (incertidumbre) constante es que hay series económicas para las que la incertidumbre no es constante, sino que evoluciona a lo largo del tiempo (como en el caso de los activos financieros, con períodos de tiempo de variaciones suaves seguidos de otros con variaciones muy bruscas). Por ello el profesor Engle ha propuesto predecir la volatilidad futura en función de su evolución variable en el pasado mediante un modelo conocido como ARCH.

la mera observación de ciertas correlaciones, no constituye una ciencia, sólo coloca sobre la mesa hechos que requieren un posterior tratamiento teórico.

La segunda circunstancia que contribuye a la falsa apariencia de cientificidad en el discurso del economista es el hecho ya mencionado de que la inserción de espacios regidos por legislaciones estatales (las economías de los distintos países) en un espacio mundial no regulado produce efectos que pueden castigar cualquier política alternativa a la que propone el economista neoliberal y ello causa la impresión de que tal economista estaba apelando a leyes científicas al predecir tales castigos.

4. Esto no quiere decir que la economía sea una disciplina prescindible. Una teoría general de la sociedad ha de especificar qué subsistemas del sistema social pueden ser objeto de teorías específicas, pero tales teorías no pueden ser autónomas, sino que, aun cuando pongan en juego conceptos propios, han de desplegarse dentro del marco teórico dominado por conceptos de la sociología y la psicología. Una de esas teorías puede ser la económica, encargada de estudiar el espacio en que confluyen recursos, producción y distribución.

Teniendo esto en cuenta, es distinto el papel que un economista puede jugar en nuestras sociedades capitalistas y el que jugaría en otra racionalmente organizada, si llega a existir.

En una sociedad como la nuestra, un economista que no quiera servir de coartada ideológica a los intereses dominantes tiene un papel crítico indispensable. Consiste primero en desenmascarar el mito de la ciencia económica y luego en describir en qué forma la legislación vigente, así como los recursos naturales y humanos de la sociedad, y la inserción de la sociedad entre otras sociedades, configuran el subsistema económico, y en qué forma éste subsistema se relaciona con el sistema social y con los restantes subsistemas del mismo. Se trata de analizar los beneficios y los costes, incluidos los psicológicos, del tipo de economía impuesto y de otros posibles, todo lo cual puede fundamentar la defensa de una legislación y una política económica diferente.

Si en algún momento llegara a darse una sociedad regida por principios de racionalidad y justicia, en ella la economía estaría dirigida a auxiliar a la política en el objetivo de la máxima utilidad colectiva. Para lograr la satisfacción de las necesidades sociales sin perjudicar la conservación de la naturaleza a largo plazo, la política vendría decidida por el conocimiento de los costes relativos de las distintas producciones. La política tendría que ser previsoras y la economía debería aplicar conocimiento de cuantas disciplinas científicas fueran pertinentes al evaluar objetivos y medios. De manera que un papel del economista en tanto que tecnólogo sería coordinar el conocimiento de las ciencias implicadas, tanto para el mejor diseño de la política económica cuanto para su mejor realización al mínimo coste.

Hay, pues, que distinguir lo que sería la tecnología económica en una ciencia social desarrollada y lo que es la economía entre nosotros. Y distinguir en consecuencia

el papel del economista en nuestras sociedades, sea como servidor o como crítico de los intereses económicos dominantes, del que tendría en una sociedad ideal.

7: LOS VALORES DE LA CULTURA OCCIDENTAL

¿Qué sentido tiene la alegación de que las poblaciones de los países occidentales compartimos los valores de la cultura más avanzada?

Podemos preguntarnos si “alto nivel de desarrollo” equivale a un alto nivel cultural o a meras cifras macroeconómicas.

“Cultura” es un término vago que a veces se refiere al nivel de instrucción de la gente, otras veces a instituciones y actividades que tienen que ver con el arte y el conocimiento (museos, conciertos, conferencias, libros), pero también en ocasiones a algo más difuso, como cuando se dice que tenemos que salvaguardar los valores de la cultura o de la civilización occidental e incluso hacerlos extensivos al mundo entero.

A fines del siglo XIX el antropólogo Eduard B. Tylor definió la cultura o civilización como un todo complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, leyes, costumbres y todas las otras capacidades y hábitos que el hombre adquiere en cuanto miembro de la sociedad. Para el también antropólogo A. Kroeber los sistemas culturales pueden ser considerados como productos de la acción y como elementos condicionantes de futuras acciones y consisten en pautas, explícitas e implícitas, “de” y “para” el comportamiento, adquiridas y transmitidas por símbolos que se constituyen como el trazo distintivo de los grupos humanos. El núcleo esencial de la cultura se encuentra en las ideas transmitidas y seleccionadas por la tradición y especialmente en los valores a ellas unidos.

La llamada “nueva etnografía” considera, a partir de esas concepciones, que la cultura es un conjunto de pautas para recibir, crear, evaluar, comunicar y actuar a partir de las cuales se genera un comportamiento dentro de los límites de variabilidad aceptados.

Este enfoque de la cultura plantea dos problemas.

Uno es que, si cualquier cultura ha de tener como soporte una sociedad, debería seguirse que todos los miembros adultos de la sociedad han interiorizado las pautas culturales correspondientes, pero ocurre que, aunque esto sea así en sociedades primitivas, no lo es en las nuestras, divididas en saberes y en clases, cada una de ellas dotada de ideas, afectos y pautas diferentes.

Otro problema es que, siendo ilimitadas las pautas cognitivas, afectivas y comportamentales observables, el inventario de culturas será distinto dependiendo de cuáles nos parezcan relevantes como criterio para distinguir. Si nos fijamos en determinados componentes profundos podemos llegar a la conclusión de que las culturas conocidas, incluidas las contemporáneas, y la nuestra entre ellas, son variaciones subculturales de una gran cultura inicial que a lo largo de milenios ha venido adoptando formas distintas a partir de unos componentes básicos.